

# El año plástico

por

Mónica Bunster

El año 1965 se inició con el *Concurso CRAV*, que abrió su exposición desde el 15 de junio al 4 de julio. En este encuentro, el primer premio correspondió en forma indiscutida a Gracia Barrios, quien presentó tres obras, entre las cuales destacaba un cuadro blanco (*Hombres y Mujeres*). El premio vino a consagrar la madurez artística de nuestra pintora que hacía ya años venía trabajando con una nueva técnica buscando obtener, mediante el empleo de texturas gruesas, efectos plásticos que establecieran una comunicación orgánica con el espectador en una línea que ella misma ha denominado "realismo informal". El segundo premio correspondió a Ricardo Irarrázabal, quien presentó una serie de obras basadas en sutiles juegos de color. Su pintura, que sigue un poco la línea de Klee, evoca seres cubiertos de chamantos indicadores de la presencia de América. El efecto logrado por sus telas se debe en gran medida a la limpieza del trabajo y a la finura con que establece la gradación de tonos. Poco después se abrió el *Concurso CAP*, donde el mismo Ricardo Irarrázabal obtuvo el primer premio. Irarrázabal es pintor y ceramista y con anterioridad había obtenido numerosos otros en salones chilenos. El segundo premio en este concurso correspondió a Rodolfo Opazo por una tela de grandes dimensiones denominada *Una buena tarde para presagios*. Opazo, que es actualmente profesor de la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad de Chile, es un pintor surrealista en cuyas telas aparece un mundo fantasmagórico que alude al inconsciente. No es un pintor rico en color, pero su mérito reside en la originalidad de sus formas y en la autenticidad con que el artista se expresa a través de su pintura.

Antes de que fuese otorgado el premio *CAP* el *Grupo Rectángulo* abrió una exposición en el Museo de Arte Contemporáneo, del 17 de agosto al 12 de septiembre, con motivo de cumplirse diez años de la fundación del grupo. En el folleto bastante nutrido que entonces se distribuyó, el ensayista Luis Oyarzún y uno de los pintores que encabeza este grupo —Vergara Grez— expusieron las características de este movimiento. "Respondían —según sus propias palabras— al llamado de Piet Mondrian para hacer un arte de invención rigurosamente objetivo y penetraban en su visionaria afirmación: en el porvenir la realización

de la plástica pura en la realidad palpable reemplazará a la obra de arte. Pero, para realizar esto, será necesario que nos orientemos en la dirección de una concepción universalista de la vida y que nos libremos de la presión de la naturaleza. No tendremos, entonces, necesidad de pinturas y esculturas, porque viviremos en medio del arte realizado". Esta segunda muestra, "Forma y Espacio", presentó a través del concepto de arte constructivo los objetos que rodean al hombre en su vida cotidiana. Su finalidad es llamar la atención al público sobre la forma en su triple significado: figura, color y textura, y despertar la responsabilidad del artista como intermediario "entre la producción y el consumo de útiles, embelleciendo los objetos cotidianos que conforma el universo del hombre contemporáneo". Los principales integrantes de este grupo, además del pintor ya mencionado, son Matilde Pérez, Gustavo Poblete, Roberto Carmona, Elsa Bolívar y Carmen Piamonte. El folleto en sí mismo es un poco desorientador, porque además de los participantes recién señalados figuraban como integrantes del grupo desde FENSA S. A. hasta Marta Colvin.

El 27 de octubre se abrió la Segunda Bienal de Escultura. Este concurso, organizado por la Chilena Consolidada se ha caracterizado, hasta el momento, por dar su galardón a mujeres. En la Primera Bienal fue agraciada con el premio, Rosa Vicuña y en la presente, Wilma Hannig. Wilma presentó en esta oportunidad tres torsos de marcado carácter erótico. Tal vez el mayor mérito en el envío de esta escultora sea la fuerza expresiva de estas piedras. Contrastando con ella, obtuvo el segundo premio Juan Egenau, con un bronce que denominó "Dimensión Post-Arcaica". Frente a la rudeza de Wilma, Egenau aparece como un escultor extraordinariamente fino, un verdadero artífice, que busca la perfección hasta en los menores detalles de sus trabajos. En esta Bienal merece destacarse el envío del joven escultor Humberto Soto, quien presentó una terracota monumental formada de piezas superpuestas. Soto es un escultor muy intuitivo; y tiene sólo unos pocos trabajos realizados en terracota directa. En su obra no hay un trasfondo filosófico sino la mera búsqueda de formas; lo que procura es llevar a fondo el conocimiento del material para que éste se traduzca en formas que transcriban su singular naturaleza. Ello se advierte en que incluso deja a menudo el material sin patinar para que éste no pierda su identidad. Aparte de ello, la obra de Soto se distingue también por su horizontalidad; dentro de esta proyección busca la armonía pura de las formas en el juego de los volúmenes. La pieza que presentó en esta Bienal está hecha de bloques independientes con los cuales se puede jugar, de suerte que cambiando la posición de una pieza, surge una obra diferente.

Hacia fines de año se inauguró también en la Quinta Normal, la Segunda Bienal Americana del Grabado. En ella participaron dieciséis países. El gran premio "Presidente Eduardo Frei" le fue otorgado al brasileño Roberto Lamónica, que ya había obtenido el premio al "Mejor Grabador Brasileño" en la Sexta Bienal de São Paulo. Entre sus obras

destacó un grabado en metal denominado el "Número 76". El premio "Osvaldo Boeldi", a un grabador nacional, correspondió a Roser Bru, que presentó cuatro grabados de carácter figurativo. En el envío chileno destacaron asimismo los trabajos de Bonati. También hacia fines de año se abrió el Salón Oficial en el que obtuvo el premio "Andrés Bello" y el premio en pintura, Roser Bru. En escultura obtuvo el premio Rosa Vicuña con dos figuras de hombre en las que busca una esquematización de la forma, dentro del cilindro y la longitudinal. A su vez logra el dramatismo, quebrando el cuello y abriendo el vientre. El premio en dibujo y grabado lo obtuvo Jaime Cruz y menciones especiales Celina Gálvez, José Soto y Alfonso Puentes.

Durante el año se realizaron además numerosas exposiciones particulares, de las cuales sólo nos referiremos a dos: la de Alberto Pérez y José Balmes. La pintura de Alberto Pérez encuentra su razón de ser desde una fundamentación filosófica, pues retomando la temática de Dostoiewski y de Camus trata de expresar la condición trágica del hombre. Busca el dramatismo plástico usando gamas sordas y tenebrosas y muy especialmente mediante una temática (el mendigo, el ajusticiado, etc.), quizá si demasiado anecdótica. La exposición de Balmes destacó sobre todas por su carácter polémico, tan polémico que hasta se ocupó de ella la "prensa amarilla". Se trataba de un ciclo de pinturas sobre Santo Domingo, que sin caer en ningún momento en lo anecdótico, lograba comunicar la sensación de crisis y revolución que produjo un hecho político.

Finalmente el año concluyó con la Feria de Artes Plásticas, que se está convirtiendo en una verdadera tradición entre nosotros, y la muestra de pintura francesa contemporánea que se presentó en el Museo de Bellas Artes. La Feria fue en general este año de poca calidad, pero sirvió para mostrar varias cosas. Desde luego, a algunos artistas jóvenes de prometedor talento; entre ellos cabe destacar a los escultores Félix Maluenda, quien presentó unas agresivas maderas, y a José Soto, joven dotado de talento, pero quien, desgraciadamente, está siendo víctima de su propia habilidad, pues ha caído en un lenguaje demasiado obvio y que gusta al grueso público; así sus obras mayores se han hecho demasiado ilustrativas y sus piezas más pequeñas se han convertido en verdaderos trofeos. Otra cosa que quedó de manifiesto en esta Feria es que, indudablemente, es en la Facultad de Bellas Artes de nuestra Universidad donde surgen los artistas más prometedores y serios. Al menos en la muestra presentada por ella no se advertía la desesperante superficialidad que se encontraba en casi todos los otros sitios.

La Exposición de Pintura Francesa Contemporánea fue el gran evento plástico del año. Se trajeron numerosas telas que permitían una visión muy completa de la pintura francesa desde la primera década del siglo hasta nuestros días. La primera sala estaba destinada a los maestros, es decir, Picasso, Delaunay, Bracque, Miró, etc. Es curioso, pero esta sala impresionaba por la baja calidad de la pintura que allí había.

En efecto, para cualquiera que conozca el Museo de Arte Moderno de París, es clarísimo que quienes trajeron la exposición tuvieron especial cuidado en elegir el peor Picasso que hay en el Museo, el peor Roualt, etc. Mucho más impresionante eran las obras de pintores más recientes, como de Stäel, Lopicque, Estève, etc. Desgraciadamente la muestra no daba una visión clara de cada punto, porque de algunos pintores —generalmente los mejores— traía sus peores cuadros (tal era el caso de Brauner y acaso de Chagall), y de otros pintores de segunda categoría, traía, en cambio, sus más imponentes y efectistas producciones. Esto dificultó la valoración que el público pudo hacer de la muestra, como lo demuestra el hecho de que Singier, quien sigue siendo un excelente diseñador de telas, fuera considerado por gran parte de nuestro público como el mejor pintor de la exposición.

